

mente con Moisés y con los Santos? ¿Dió el Señor á solos estos su ley y sus preceptos para que arreglasen su vida y sus costumbres? Y si este orden habla con todos los cristianos, ¿qué deberémos pensar á vista de una vida tan desarreglada y de unas costumbres tan perdidas en la mayor parte de los fieles?

La ley de Jesucristo, aquella ley tan santa, tan pura, tan perfecta, debe ser la única regla de nuestras operaciones. Cualquiera otro sistema es abusivo: no tenemos, ni debemos tener otros principios de moral: todo camino que no sea este es descamino. ¡O buen Dios, á cuantos desesperará esta verdad al fin de la vida! ¿Son regla de las costumbres, de los grandes del mundo las máximas del Evangelio y la ley de Jesucristo? ¿Es el Evangelio la regla de sus deseos, de sus proyectos, de su ambición, de su profanidad, de su conducta?

El Evangelio es el que debe arreglar todas las condiciones, todos los estados, todas las edades: no se nos ha de juzgar por otras leyes; no se han de consultar otras máximas para formarnos el proceso; no se han de seguir otras doctrinas. Ciertamente que se trastorna el juicio y la razon cuando se considera que esas gentes que solo se apacientan con vanas quimeras de fortuna, con frívolas ideas de grandeza; que dejan á las almas sencillas, y á los que llaman ellos pueblo y vulgo el cuidado de cumplir con las obligaciones de cristiano; gente que no tiene mas ocupacion que la ociosidad, y que al parecer solo se avergüenzan del Evangelio; que estas gentes, vuelvo á decir, crean sinceramente las verdades mas terribles de la religion, y todo lo que dejó dicho Jesucristo de la indispensable obligacion de vivir segun sus máximas.

Cree que el Evangelio es la única regla de las costumbres; que cualquiera otro sistema es falso; que es vano cualquiera otro razonamiento; que no es posible hallar otro camino para el cielo, ni otra regla en las sendas de la salvacion; ¡y cree todo esto aquel jóven disoluto, que hace vanidad de no tener religion; aquella mujer mundana, que no toma gusto en otra cosa sino en las diversiones y en las galas; aquel avariento, cuyo corazon está todo en sus tesoros; aquel hombre de negocios, que no reconoce otra regla para su conducta que la de su ambicion; aquella persona entregada enteramente á la sensualidad; aquel presumido de espíritu fuerte que hace chacota de las mas piadosas devociones, de las máximas mas santas del Evangelio! Si por cierto; todos estos creen que el Evangelio es la única regla de la vida y de las costumbres. ¿Quién querrá salir por fiador de su fe? Pero, ¿y querremos nosotros ser comprendidos en la

suerte de una conducta tan poco cristiana? ¡Qué monstruosa contradiccion es la que se palpa entre lo que se cree, y lo que se obra! Todos se aman tanto, que ninguno quiere condenarse; ¿pero viven todos tan cristianamente que puedan esperar no ser condenados? Asombro es, que entre los cristianos se hallen algunos que se esfuerzen á no creer aquello mismo que temen; pero aun es mayor asombro que se encuentren en el cristianismo muchos que no temen aquello mismo que creen. ¿Cual es peor, no creer apenas nada de lo que se debe creer, ó no hacer apenas nada de aquello que verdaderamente se cree?

El Evangelio es del capítulo 19 de S. Mateo.

En tiempo que Jesucristo enseñaba á sus discípulos la dificultad de conseguir los ricos el reino de los cielos, le dijo Simon Pedro: Mira, Señor, como nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido: ¿qué será, pues, de nosotros? En verdad os digo, les respondió Jesus, que vosotros que me seguís, en la resurreccion universal cuando se siente el Hijo del hombre en el trono de su majestad, os sentaréis vosotros sobre doce sillas, á juzgar las doce tribus de Israel; y todo aquel que por mi nombre dejare su casa, hermanos, ó hermanas, padre, ó madre, mujer, hijos ó posesiones, recibirá el premio centuplicado, y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

De la indispensable necesidad que hay en todos de tener cada año algunos dias de retiro.

PUNTO PRIMERO. — Considera que no todos pueden abandonar para siempre sus negocios y su casa por vacar en la soledad al negocio importante de la salvacion. Este privilegio se reserva únicamente para algunas almas favorecidas: semejante vocacion es una gracia muy singular; pero pocas personas hay que no puedan conceder al retiro algunos dias del año; ninguna absolutamente que no deba hurtar por algun tiempo el cuerpo al cuidado de los negocios temporales, para vacar únicamente al importantísimo negocio de su eterna salvacion.

Unas fiestas, una boda, el buen tiempo suspenden tal vez por muchos meses los negocios del mayor interés: ¿y para el negocio de mi salvacion no podré hallar tres ó cuatro dias libres? Aunque se vea uno en los primeros empleos del ministerio, ya

togados, ó ya de capa y espada; aunque cargue sobre sus hombros todo el gobierno del estado; siempre halla al cabo del año algunos días desocupados, algun tiempo para la respiracion y el descanso: ¿y será posible que solo no se encuentre para dedicarle al importante negocio de la salvacion? Pues ello es así, que para trabajar eficazmente en este importantísimo negocio no hay cosa mas necesaria que el retiro.

¿Quieres convertirte? ¿quieres tranquilizar y sosegar tu conciencia? ¿quieres salir de ese funesto estado de la tibieza, ó de la culpa? ¿quieres romper esos lazos, domar ese genio; vencer esa pasion, reformar esas costumbres, mudar esa mala vida? pues alejate por algunos dias del tumulto del mundo; retírate á alguna casa destinada para este fin, ó sepárate del comercio de los hombres; desembarázate de todo negocio temporal, de todo cuidado doméstico; y á solas con tu Dios examina si te hallas en estado de comparecer ante el tribunal del Juez supremo; si tus costumbres, si tus máximas, si tu conducta pasada te dan prendas de tu felicidad eterna. Sin este medio ¿como se pueden arreglar con seguridad los negocios de la conciencia? ¿Cuántas veces has juzgado y has dicho tú mismo, que no es posible trabajar eficazmente en el negocio de la salvacion en medio de los embarazos y tumulto de la vida? Tu propia esperiencia te convence de la necesidad de algunos dias de retiro. Preciso es que sea uno muy enemigo de sí mismo, y que esté muy resignado en su eterna perdicion, cuando piensa y cuando dice que no tiene tiempo para esto.

Hallaráse este tiempo á la hora de la muerte, y se encontrará por toda una desdichada eternidad. Entonces sí que estará en un eterno, pero espantoso retiro; y entonces sí que á pesar suyo meditará muy despacio el infeliz condenado estas terribles verdades, que no quiso meditar durante la vida: entonces se repasarán los años con una cruel amargura, pero ya todo sin fruto. ¡Qué locura, qué malignidad, qué furor, no haber prevenido esta desdicha por medio de un saludable retiro!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que la conversion es una obra difícil; es preciso desengañarse de muchos errores y preocupaciones que habia adoptado el amor propio; es preciso condenar muchas máximas que habia autorizado una inveterada costumbre; es preciso sofocar deseos, reprobar ideas, dejar estilos, oponerse á inclinaciones, ahogar pasiones, y en fin, renovar todo un corazon corrompido por el vicio. Todo esto no es posible hacerse sin largas y serias reflexiones, sin profundizar las ver-

dades terribles de la fe, sin desentrañar los misterios de la religion. Y esto, ¿como se podrá practicar entre el ruido del mundo, entre los estorbos de un estado, ó de un empleo rodeado de estruendo y de tumulto, entre la esclavitud de una vida enemiga del reposo? Luego es indispensable el retiro.

Pocas personas se hallarán que no tengan necesidad de renovar una multitud de confesiones mal hechas. No siempre son las mejores las primeras y las mas antiguas: si no se faltó á la integridad, se faltó al dolor. El poco fruto da bastantemente á entender que hay en el árbol alguna grave enfermedad. ¡Qué locura, qué desdicha, aguardar á reparar estas faltas para aquel tiempo en que no se puede hacer! Es menester sosiego, quietud, despacio, y otros auxilios que no se pueden conseguir sin el retiro.

Hagamos concepto de la necesidad de este medio por el fruto que se saca de él, y por la misma repugnancia que se siente en practicarle. Apenas parece posible (á lo menos es cosa muy extraordinaria) retirarse á unos ejercicios, y no sacar fruto de ellos. Será muy raro el pecador que los haga bien, y no se convierta. Descúbrense en ellos las verdades de nuestra religion con tanta claridad, que no pueden dejar de hacer fuerza; y es tan abundante la gracia que en ellos se comunica, que no puede dejar de convertir. O se hacen mal los ejercicios, ó infaliblemente se sigue á ellos la enmienda de las costumbres. Desde que se introdujeron los ejercicios en el mundo, comenzaron á contarse mas frecuentes las portentosas conversiones; y esta es la verdadera causa por qué se siente tanta repugnancia, y se ofrecen tantos obstáculos para entrar en ellos.

Como el tentador es tan enemigo de nuestra salvacion, dilata nuestra conversion todo lo que puede, y por eso no hay medio que no practique para desviarnos de los ejercicios. No atribuyas á tus negocios, ni á tu estado, ni á tu poca salud, ni á otros accidentes imprevistos la resistencia que has hecho hasta aquí á este poderoso medio. Si los ejercicios fueran una partida de diversion, aunque arriesgáras en ellos tu salud, ninguno de esos estorbos te los impediria; pero el demonio interesa mucho en abultar las dificultades, y en forjar otras nuevas para desviar las almas de un retiro tan contrario á su malicia y á sus perniciosos intentos.

Demasiado he experimentado yo, Dios mio, este fatal artificio del enemigo de mi salvacion: conozco bien que todo cuanto me he desviado de los ejercicios, tanto me he apartado de mi conversion. Tened, Señor, piedad de mis descaminos, y de mi mi-

seria. Comprendo y confieso que tengo necesidad de retirarme algunos dias; no permitais que malogre esta gracia, y dadme tiempo para que haga eficaz esta resolucion.

JACULATORIAS. — Conducidme, Señor, al camino de guardar vuestros mandamientos, porque no quiero otro. (Ps. 118.)

Un solo dia de retiro en tu santa casa, vale mas que mil entre el estruendo del mundo. (Ps. 83.)

PROPOSITOS.

1 Sea uno de la condicion que quisiere, y ocupe el empleo que ocupare, no es creible que al cabo del año le falten tres ó cuatro dias para retirarse. Siempre se encuentran los que se quieren para una partida de diversion, para un viaje: no son menester mas, y muchas veces ni aun tantos para unos ejercicios: lo único que falta para hacerlos, es un poco de buena voluntad. Pero al fin, permitamos á cierta clase de gentes, que sus ocupaciones, sus negocios, su estado y sus empleos no las dejen lugar para tres dias de ejercicios; ¿qué excusa racional se podrá alegar para no retirarse por lo menos un dia cada mes? Toma desde luego esta resolucion, y ponla en práctica desde el domingo que viene. Este ejercicio, respecto de los seglares, no les altera las horas, como las puede alterar respecto de los religiosos; sin faltar á tus obligaciones puedes fácilmente tener un dia de retiro. No hay cosa mas útil, mas fácil, ni mas necesaria; imponte una ley indispensable de practicarla; la experiencia te enseñará que no es posible tener cada mes un dia de retiro, y no hacerse santo en poco tiempo.

2 Determina desde luego el dia que destinas para esto, escogiendo aquel que te parezca será el mas desocupado, y la víspera prevenite; desembarazáote de todo lo que puede distraerte en el mismo dia. Prepárate la noche antes con la parábola de la higuera, que el padre de familias está resuelto á dar por el pie, porque no lleva mas que hojas, y solo dilata el arrancarla hasta ver si con nuevo cultivo produce finalmente algun fruto. Aplicate á tí mismo esta parábola, y madrugando con diligencia por la mañana, despues de haber adorado al Señor, y pedidole su gracia para pasar santamente aquel dia, tan importante para tu salvacion, emplea una, ó por lo menos media hora en la meditacion de alguna de las grandes verdades de nuestra religion, aplicándote siempre la doctrina que estas nos enseñan. Lee despues un capítulo en el libro de la imitacion de Cristo, y dedica

una hora á recorrer en la amargura de tu corazon los años de la mala vida pasada. Considera tus desórdenes, tus maldades, el abuso de los santos Sacramentos, el desperdicio de tantos auxilios, y disponte para la confesion que debes hacer desde el último dia de retiro, con tanto dolor, que pueda reparar los defectos de las confesiones particulares antecedentes; oye misa con la misma disposicion, y comulga como si recibieras al Señor por modo de viático. Antes de comer ten otra meditacion, y entre cinco y seis de la tarde la tercera. La leccion espiritual sea en algun libro escogido, enérgico y convincente, y toma despues tus medidas para que tus propósitos sean eficaces. En una palabra, debes procurar hallarte al fin de este dia como te quisieras encontrar á la hora de la muerte.

DIA XIII.

MARTIROLOGIO.

LA DEDICACION DE LA IGLESIA DE SANTA MARÍA DE LOS MÁRTIRES, en Roma, la cual el beato Bonifacio IV consagró (en el año 604) al honor de la bienaventurada Virgen Maria, y de todos los Mártires, en tiempo del emperador Focas, despues de haber purificado aquel antiguo edificio, que era el templo de todos los dioses bajo el título de Pantheon.

EL BEATO MUCIO, presbitero y mártir, en Constantinopla, el cual, en tiempo de Diocleciano y siendo procónsul Laodicio, sufrió primeramente en Amphipolis muchos géneros de tormentos por confesar á Jesucristo; y despues habiéndolo conducido á Bizancio (hoy Constantinopla) le degollaron.

SANTA GLICERIA, mártir romana, en Heraclea, la cual (confesando públicamente á Jesucristo estando en el templo de Júpiter, cuya estatua cayó derribada á sus pies) fué martirizada en tiempo del emperador Antonino, siendo presidente Sabino, por los años de 177.

LA CONMEMORACION DE UN GRAN NÚMERO DE SANTOS MÁRTIRES, en Alejandria, los cuales fueron muertos por los arrianos dentro de la iglesia de S. Teónas en odio á la fe católica.

SAN SERVACIO, obispo de Tongres, en Mastricht, cuyo mérito lo hizo patente al mundo la Providencia divina un invierno en que estando cubierta de nieve toda aquella comarca, jamás llegó á cuajar encima de su sepulcro, aunque cuajaba al rededor del mismo todos los inviernos; lo cual movió á aquellos habitantes á que sobre él edificasen una iglesia.

SAN JUAN EL SILENCIARIO Ó SILENCIOSO, en la Palestina. (Véase su vida en las de hoy.)

SAN PEDRO REGALADO, confesor, del orden de Menores, en Vallado-